

LA FILOSOFÍA EN EL PLAN DE ESTUDIOS DEL DEÁN FUNES

Desde 1911, por voluntad de la Nación, se alza en una encrucijada del paseo público aristocrático de Córdoba, la figura en bronce de Dean doctor Gregorio Funes. Sin embargo la general consideración que rodea a su obra de innovador universitario, no se acompaña de un conocimiento de sus iniciativas y tendencias, la que da más firmes quilates a su mérito. Por mi parte, me adelantó a declararlo, cada vez que he llegado hasta las obras de Funes, no me ha sido dado poder escapar a esa sensación de plenitud, de reposo, de serena admiración, que deja en el espíritu la comunicación con el pensamiento de los grandes hombres.

El Dean Funes, fué, para la Universidad de Córdoba, el espíritu animador de las más fecundas transformaciones. De vuelta de España, trajo honores, dignidad y sabiduría, y a todos los puso por igual al servicio de la Universidad, la cual debe tanto a su obra como si se tratara de una segunda fundación: el establecimiento de la cátedra de matemáticas, la introducción del estudio de la geografía, de la historia, de las lenguas modernas, el plan de estudios de 1813 y tantas otras iniciativas, son hijas de su celo incansable y de su ciencia.

El período de cuarenta años, durante el cual la Universidad había permanecido bajo la dirección de los religiosos de San

Francisco, no se había singularizado como una época de progreso para sus enseñanzas, ni de esplendor para su vida; muchos factores concurren, sin duda, a dificultar la acción educacional de benemérita orden. La lucha encarnizada que debió sostener con los individuos del clero, que ambicionaban con justicia la regencia de las cátedras y de la Universidad, debió rebajar los resortes de la disciplina, y hacer menos riguroso el régimen educacional en presencia de los gobernadores, vicepatronos o virreyes, a quienes lógicamente se empeñaban en complacer; la decadencia general de los estudios, por otra parte propia de un período indeciso, de transición, llevaba a las aulas esa especie de desfallecimiento que embarga después de una lucha prolongada debida al debilitamiento de las fuerzas y a la visión de una derrota ya cercana.

Entre los individuos del clero que sucedieron en el gobierno de la Universidad, en 1808, a la orden seráfica, se había apoderado la convicción de la necesidad de una reforma fundamental en los estudios, que hasta entonces no había adquirido sino muy levemente ese tinte de novedad que imprimía, por todas partes, el influjo de las doctrinas modernas. El plan de Funes fué la expresión cumplida de tan nobles anhelos; una ventana abierta por donde era preciso mirar hacia la vida y por la que debía entrar a bocanadas un aliento desconocido.

¿Qué contenía el Plan en la grave materia de Filosofía? La Filosofía era para aquella época el conocimiento o estudio de la naturaleza y de la moral, fundado en la razón y la experiencia, según la define Brisson, en su diccionario de Física. La Filosofía constaba de cuatro partes: lógica, metafísica, física y ética.

La lógica era, según las preocupaciones de la Edad Media, una ciencia fundamental; merced a sus enseñanzas se aseguraba esa fijeza dogmática de sus verdades, que fué la mayor preocupación de la época. La dialéctica de Aristóteles, al través de Boetius o de Porphyrius, o de la sùmula de Pedro Hispano, fué el eficaz instrumento del plácido reinado intelectual. Dada una "ma-

yor", que la teología se encargaba de imponer, sacar las consecuencias necesarias, era todo el arte de aquella lógica formal y deductiva. Los vicios a que condujo ese arte de raciocinar fueron demasiado graves; tanto, que hasta hoy pesan injustamente sobre los sucesores de los antiguos lógicos.

La crítica más autorizada y más fundamental sobre estos errores, que corría en España, sin exceptuar siquiera la del docto Luis Vives, era la del maestro Feijóo, erudito y polígrafo, que en los libros VII y VIII de su "Teatro Crítico" había señalado las cosas que era preciso enmendar en los estudios. Precisamente el maestro Feijóo alude al Dean Funes, para reducir a tres meses el antiguo año escolar dedicado a la lógica y para asegurar que las "súmulas" no deben ocupar más de dos pliegos de papel.

No se oculta que los ideales de esta enseñanza se apartaban en lo fundamental de los antiguos métodos; el "Plan" insiste muchas veces sobre esta disparidad de criterio; tomemos un ejemplo. "Después que se apoderó de las aulas el espíritu de facción, vino en su compañía el furor de las disputas. Fué cosa lastimosa ver arder el orbe literario sobre cuestiones vanas y ridículas, donde dejando a un lado el provecho de la materia, solo se ponía el connato en la gloria del triunfo. Para eso conducía mucho inventar sutilezas y distinciones capciosas, con que eludiendo las dificultades se hacían interminables las disputas. Por esos hechos, de que atestigua la historia literaria, se puede colegir lo mucho que debe desecharse de semejantes escritos."

La elección del texto que debiera servir a esta enseñanza, le da de nuevo oportunidad para fijar bien claro el rumbo a seguir. Habla de las "Institutas Filosóficas" del abate Leridam, cuyo mérito más saliente lo encuentra en no tener "aligación a ningún bando" y su mayor timbre de reputación en el hecho de haber servido de texto en la Universidad de París, antes de la Revolución; nos manifiesta sus perplejidades antes de decidirse entre las obras de Jaquier y Altieri, ya que de la de Leridam no sería posible adquirir ejemplares en número bastante; su juicio

fluctúa entre ambos, porque sin despreciar el método escolástico, ni abusar de la forma silogística, han seguido un camino medio “en que evitando todos los escollos derraman al mismo tiempo todas las riquezas científicas de que es capaz un joven ilustrado”. La elección se inclina al fin por la “Elementa Philosophie” de Laurentino Altieri, que, sobre todos, aparece “más deparada de los resabios del Peripato”.

La metafísica completaba el primer año de Filosofía. Sobre ella, edificada con los recursos de la lógica, cayeron también las censuras que levantó la escolástica. “No ignoramos, decía, que sobre la metafísica se han escrito volúmenes bien gruesos, pero también sabemos, que quedarían muy reducidos si se los expurgase de logomaquías o de disputas inútiles. La metafísica reducida en extensión, modernizada por obra de los métodos nuevos, fué siempre mirada con honor. “Dividida en dos partes, ontología y pneumatología, llama a su examen las ideas de existencia, esencia, posibilidad, atributos, y se detiene a contemplar en Dios, como autor de la Naturaleza, y en los espíritus, de quienes es creador.” Los conocimientos que ofrece la metafísica son, según el Plan, “las semillas universales de todas las ciencias y las nociones que preparan el camino de los arcanos sublimes de la ciencia teológica”.

El segundo año estaba destinado al estudio de las matemáticas: aritmética, geometría, trigonometría. Se debe a Deán Funes el establecimiento de la primera cátedra de Matemáticas en esta Universidad, que él dotó, en 1808, con quinientos pesos anuales. La introducción de las matemáticas en los cursos de Filosofía, representaba en el siglo XVIII el factor más poderoso de la renovación de sus métodos; ello no sólo significaba el comienzo de un período en el que las ciencias exactas y naturales debieran predominar sobre las de pura imaginación, sino que inauguraba una nueva filosofía fundada en el rigor de la deducción matemática.

Condillac se lamentaba del desvío que se observaba en los centros intelectuales por el estudio de las matemáticas, y Male-

branche ponía los métodos de esta ciencia por encima de toda la lógica formal; de ellos, a quienes cita, aprendió Funes la trascendencia de su enseñanza, que quiso hacer obligatoria rechazando el ejemplo de ciertas universidades, que apenas se atrevían, medrosamente, a consentir un curso voluntario, dictado con sigilo y en las horas vespertinas.

El tercer curso de artes estaba dedicado a la física general y especial, que como la lógica y metafísica se estudiaban por la obra de Altieri. Las censuras a los escolásticos alcanzaban también a la física; para el Plan, dejaba ya de ser ésta esa enseñanza vaga a que se refería Gorriti unos años más tarde, esa sucesión de sistemas y de cuestiones que a nadie importa averiguar. ¿Se habla de la gravedad? Ahí van aristotélicos, cartesianos, gasendistas, newtonianos, cada cual explica la causa del fenómeno según su sistema, se forma una discusión interminable e inútil, y entre tanto nadie sabe la ley de la gravedad, que es lo único que interesa conocer. El Plan propone un autor metódico e ilustrado a cuyas enseñanzas “debe añadirse el auxilio de la experiencia, con lo cual no puede dudarse que se hará este estudio mucho más fácil y ventajoso de lo que ha sido hasta aquí, porque a la verdad, reducir el estudio de la física a la *pura y mera* especulación, es contraerse a nutrir el espíritu con teorías muchas veces incompatibles y no menos peligrosas a la imaginación”.

La filosofía moral y la Constitución del Estado ocupaban el cuarto y último año de artes. Las enseñanzas de Aristóteles “en sus éticas, políticas y económicas” debieran inspirar este curso. El objeto capital de la filosofía moral era, como se decía, hacer conocer a los alumnos “el corazón humano, llevarlos hasta el origen de las pasiones, descubrirles su fuerza, su actividad, sus caprichos, presentarles la razón como árbitro soberano de los mortales, con cuyo auxilio pueden descubrir las miras de la naturaleza sobre el género humano.” Bien se percibe que este curso era propiamente de ética, y agregamos, que considerada en su más amplia acepción. Del estudio de las normas morales que de-

ben regir la vida individual, se pasaba a las de la familia y de éstas a las reglas de la vida social y política; “armados de estos conocimientos”, se lee, “les será fácil penetrar el motivo que impulsó a los hombres para renunciar esa independencia con que nacieron y establecer entre ellos un gobierno, leyes y magistrados”.

Como se ve, la filosofía práctica de Aristóteles prestaba a esta enseñanza su orientación definida; esta filosofía abraza, bien se sabe, la ética o regla de la vida individual, lo económico o regla de la vida de familia, y la política o regla de la vida social.

La suprema virtud para Aristóteles, la que proporciona la más alta felicidad, es la ciencia de la reflexión; es la más noble de las ocupaciones del hombre, porque el espíritu, que es su órgano, es lo que tenemos de más semejante a los dioses. Ante este principio no cuesta esfuerzo comprender cómo se hermanaron tan bien la filosofía aristotélica y las enseñanzas cristianas. La virtud era para los individuos el supremo ideal de la vida y la norma para las relaciones sociales y políticas; la ética resultaba entonces la ciencia fundamental de las cosas humanas. Así se decía que la *política* “no es otra cosa que la ciencia de aplicar a las materias de gobierno las reglas de la más exacta moral”.

Es de advertir que no se acordaba primacía a las virtudes morales que se ejercen sobre las pasiones y cuyo origen se encuentra en el instinto natural del bien, que recibe en la parte irracional del alma, sino a las virtudes intelectuales hijas de la *recta razón*.

La ética intelectual y realista de Aristóteles, llevada a la política, generó el principio tan humano y tan científico de la evolución de la forma de gobierno, según las faces y las necesidades de la sociedad humana; nada más trascendental, ni más eficaz podía enseñarse a una generación destinada a crear, sugeridas por el ambiente, las formas de las nuevas instituciones y a animarlas con un espíritu de sacrificio y alta moralidad. La

grave visión del porvenir pasó sin duda muchas veces ante los ojos escrutadores del Dean Funes, para quien, como para Aristóteles, sólo la práctica de las virtudes intelectuales podía asegurar la felicidad de los ciudadanos.

“Los jóvenes que ahora se educan han de tener una influencia directa sobre la suerte de los demás, decía, y llegarán muchos de ellos a ver en sus manos el destino de la patria”.

El estudio de la filosofía se completaba con el de su historia. Según las antiguas prácticas, los jueves y días semifestivos, había una hora de academia destinada a una conferencia sobre las materias que se enseñaban en el año; el nuevo Plan destina la academia de los jueves al estudio de la historia de la filosofía.

Según el régimen de las antiguas corporaciones, la historia era mirada con sospecha y con estudiado desdén; un padre alemán que redactó el plan de estudios del establecimiento de Lands-hut, sostiene con una ridícula candidez que la historia es la perdición del que la estudia: los padres del Oratorio y los Jansenistas dieron a los estudios históricos todo el honor que merecen, pero los institutos como los colegios de la Universidad de París no reconocieron su importancia hasta fines del siglo XVIII. La explicación de esta actitud resulta clara si se tiene en cuenta que el mayor desvelo de los filósofos de la escolástica era por conservar intacto su sistema, que tan laboriosamente habían edificado y cuya entera solidez dependía de la más completa sumisión a todos sus principios; bien se adivina que si se permitía al alumno analizar todos los sistemas de los grandes filósofos, la soñada uniformidad desaparecería, ya que cada gran doctrina va dejando siempre en el espíritu del crítico, aquí una duda, luego una vacilación, más tarde un desengaño; factores todos de demolición de los sistemas hechos y acabados, como lo fué el famoso sistema de la escolástica.

Con ese amplísimo criterio de renovación y de crítica qui-

zo el Dean Funes establecer el estudio de la historia de la filosofía. “En fuerza de estas reflexiones deseamos vivamente que los profesores de filosofía adquieran una noticia fundamental de todas las revoluciones que ha sufrido esta ciencia, para que enterados en los sistemas que han inventado los grandes ingenios, se hallen más en estado de preferir, *el que a su juicio se acerque más a la verdad*”. Ni mayor elevación de pensamiento, ni mayor espíritu de libertad podrá encontrarse en institución educacional alguna de la época.

Funes, como se comprenderá, no improvisaba estas ideas; ellas estaban en el ambiente de los centros más cultos y más progresistas de su tiempo. Condillac, a quien tanto admiraba, había dicho que no se trataba de estudiar las opiniones filosóficas “sólo para conocerlas; nada sería más frívolo, sino de estudiarlas al modo que un piloto estudia los naufragios de los que han navegado antes que él”; el Plan repite el mismo concepto y dice de la historia que poniendo ante nuestra vista la serie de nuestros errores, nos enseña a conocer las flaquezas de nuestro entendimiento, y que la verdad es un bien fugitivo cuya adquisición no se logra sino a precio de grandes sacrificios.

En esta historia filosófica se inspira en los grandes maestros a quienes cita, en Brucker, cuyo sano e independiente criterio, a pesar de sus simpatías por Leibnitz y la ortodoxia protestante, será siempre alabado, y a quien la crítica moderna ha consagrado fundador de la historia de la filosofía; en Verney, admirador de Descartes, de Bacon y de Locke, “abierto a todo viento de doctrina”, de quien tanto malo ha dicho Menéndez Pelayo, por su incapacidad para las cuestiones especulativas, por esa especie de sincretismo elegante con que vagaba por todos los sistemas, sin aceptar ninguno, pero, de cuya fina retórica se valió la historia de la filosofía para divulgarse por el mundo; y por fin, en el clarísimo Padre Andrés, religioso ejemplar y católico a toda ley, que no obstante lo cual, no pudo escapar al influjo de su tiempo, y en cuya “historia literaria”, que sirvió de texto en

la Universidad, no alcanzó a disimular sus manifiestas inclinaciones sensacionistas.

Hemos recorrido hasta aquí los cursos de artes, según el Plan de estudios del Dean Funes; pero como hemos oído tantas veces calificar de retrógrada, teológica, oscurantista, medioeval la enseñanza de la Universidad, se nos ocurre averiguar cual era el carácter de estos cursos, en que situación se encontraban respecto a sus instituciones similares, a los progresos de la ciencia y a los nuevos sistemas de filosofía. Estos graves interrogantes encuentran una sencilla solución, volviendo sobre los antecedentes de la enseñanza para compararlos con los rasgos de esta nueva orientación, e intentando a la vez la comparación con los institutos contemporáneos.

El método de enseñanza de las antiguas facultades de artes reposaba en dos principios fundamentales: *a*) en la sumisión incondicional a un sistema dogmático de filosofía, que los llevaba a una adhesión superticiosa a los textos y a una sistemática proscripción de las otras doctrinas; *b*) en el uso inmoderado de la dialéctica y de la discusión.

Veamos si en el "Plan" aparecen los rasgos salientes de esta pedagogía. Hemos meditado sus enseñanzas y no acertamos a descubrir en ellas ese sistema cerrado y dogmático que exigían los métodos tradicionales. Para Funes, el dominio incondicional de la escolástica, de Aristóteles, de Santo Tomás, de Suárez, de Scotto, ha pasado definitivamente. Invoca el maestro Feijóo para mutilar la lógica y la metafísica escolástica, alaba al Janseñista Lérídam como maestro de filosofía, aconseja el estudio de la física de Altieri porque la encuentra más depurada de los resabios del peripato, y todavía no descuida de recomendar al profesor que la complete con los últimos descubrimientos sobre química, recordándole que estas ciencias, siempre en completa evolución, no concluyen jamás de formarse; cita a Condillac y a Malebranche, y se apoya en ellos al reemplazar la lógica de las ideas por la lógica matemática de las cosas; abre, con la enseñan-

za de la historia, las puertas a todos los sistemas, invocando en su auxilio a los espíritus más amplios e independientes de su tiempo; ni siquiera se empeña en conservar su antiguo culto intelectual a la filosofía de Tomás de Aquino, a quien su adhesión al peripato le hizo tratar, según nos dice, muchas cuestiones inútiles en un estilo falto de pureza y elegancia; y como para que no se dude de la conciencia con que cumple su alta misión renovadora, traza con mano firme la línea que separa lo antiguo de lo nuevo, al recordar que los preceptores adoptaron servilmente no pocos de los vicios que han desfigurado las ciencias. Si no aceptó, como vemos, el sistema acabado de la escolástica ¿pudo aceptar su dialéctica? Alguna vez dijo que “las escuelas de la escolástica es un campo cerrado donde se puede caminar a pie seguro”. No nos dejemos sugestionar con el alcance de estas expresiones. Son apenas los últimos destellos de un sol que se pierde en el ocaso. Solo una adhesión sentimental podía hacerle alabar los errores a un sabio como Funes, para quien no había otro método que el experimental para el estudio de la física, para quien creía que los antiguos, desviados por falsos principios, cuanto más disputaban tanto más se ponían en razón inversa de la verdad; para quien el microscopio, el barómetro y el termómetro eran instrumentos más apropiados que el silogismo para descubrir la verdad; y para quien, en fin, recomendaba para las enseñanzas de la Universidad las obras de algunos hombres doctos que aprovechando de lo bueno que nos dejaron los antiguos escolásticos y de las luces de la moderna verdad, presentan sus tesis y doctrinas sin esa sujeción tiránica a las máximas rancias, misteriosas e inútiles del Peripato; pero tampoco sin adhesión a partido alguno y en aquel ergotismo mitigado que sabe conciliar la forma silogista con el estilo didáctico y aún oratorio.

El dominio de la escolástica, ni en su método, ni en su sistema se perpetuaba en la Universidad con el Plan del Dean Funes.

¿Qué actitud se observaba en ella respecto a la filosofía moderna? Ni Descartes, ni Locke, ni Leibnitz, encontraron un

franco reinado ni siquiera una decida adhesión en sus aulas. Setenta años antes, en los últimos tiempos de la dominación jesuítica, algunos profesores avanzados principiaron a hacer conocer los sistemas de los modernos. El padre Miranda, en su biografía de Domingo Muriel, dice que en 1749 comenzó este insigne maestro a dictar todas las partes del curso filosófico, con claridad, solidez y delicadeza de ingenio, y que en esta facultad se hizo eminente, añadiendo a la comprensión de la antigua filosofía aristotélica *el conocimiento puntual de la moderna*. En el período franciscano, que contó también con maestros esclarecidos, continuó en estas mismas direcciones; tengo a la vista las "Conclusiones ex universa philosophia" de Francisco Javier Martínez de Aldunate, alumno de la Universidad, impresas en Buenos Aires en la imprenta de los Niños Expósitos en 1790, cuyo examen fué presidido por el R. P. Elías del Carmen Pereira, y en ellas puede percibirse la gran extensión que ocupaba el análisis y crítica de las doctrinas modernas; no hay en esto, por cierto, nada que sorprenda, ya que el comisario general de Indias, de la orden Seráfica, R.P. Manuel María Truxillo, en su Exhortación Pastoral Americana, publicada en Madrid en 1786, calificaba de ciencia intrusa a la Física de las escuelas del peripato y volvía toda su adhesión a "la filosofía juiciosa, sólida y arreglada como la de Mushembroec, Ferrari y Altieri".

Conocían, pues, a los modernos; Funes habló entonces con verdad y con sabiduría cuando dijo: "Hace ya mucho tiempo que los implacables sectarios de Newton y Descartes, atravesaron el océano e introdujeron la discordia en estas aulas, donde combatido y desterrado Aristóteles de la Europa juzgaba dominar tranquilamente".

No abrazaron sin embargo la enseñanza de los modernos "con las cuales tanto pierde, según el decir de Funes, la dignidad del hombre, el concepto público y la santa doctrina; antes bien la combatieron, porque encontraron bien fundados sus temores

de apartarse *en un todo* de las pisadas de sus padres, por entrar en las sendas extraviadas que ha abierto el espíritu de novedad". ¿Hay en esto base para fundamentar una crítica, para motejar de retrógada a la enseñanza, para justificar una censura?

La opinión de todos los institutos similares de Europa y de América, los más gloriosos y progresistas, acompañan al Dean en esta actitud; lo que dominaba en el pensamiento filosófico de la época, no era, por cierto, el cartesianismo sino las novedades cristianas de las escuelas de Port Royal. El cartesianismo, el sistema más considerable de la época, no podía propagarse fácilmente en hombres o instituciones formados al calor del espíritu escolástico.

Pascal desdeñaba a Descartes, Bossuet lo combatía. las Universidades dificultaban su propagación. Nada hay, en efecto, más contrario al escolasticismo que el racionalismo cartesiano; no podía, pues, esperarse una transición tan brusca y repentina. El sistema de la escolástica y su dialéctica estaban en decadencia y el espíritu de novedad soplaba por todas partes agitando las más arraigadas convicciones: era preciso una doctrina que sin despreciar las bases de lo antiguo diera cabida a las nuevas preocupaciones; ella no vino del campo de la filosofía independiente, sino de las escuelas cristianas de los padres del Oratorio y de Port Royal. Cuando Funes fué a España, la Universidad de Alcalá acababa de cambiar sus planes, ávida de novedades; había introducido al abate Leridam y a Mushembrock en sus enseñanzas; el desdén por los peripatéticos, el amor a la ciencia, al humanismo, a la historia, eran los rasgos de aquella pedagogía jansenista, que apareció con tal fuerza de sugestión que no pudieron escapar a su influencia ni aún los prelados más doctos y austeros. Funes y su plan representan la más considerable expresión argentina de esa corriente intelectual, que la ortodoxia ha condenado después, pero que en su tiempo inflamó nobles espíritus y ha contribuído a la renovación de la ciencia y a la liberación del pensamiento.

He mostrado apenas una pequeña faz de la inmensa labor y

de la ciencia de un hombre extraordinario; al terminar, me asalta una profunda amargura, pensando que aún no suele estimarse en su justo mérito la obra cultural del Dean Funes, que fué una de las glorias más altas de la era inicial del espíritu argentino.

E. MARTINEZ PAZ.
